

tuales?... ¿Conoce usted á Ducasse, á Bataglia, á Casean, á Zurlo, á Mangiante...?

—No—le contesto—; no debo conocerlos, si son realmente de primer orden... Los que yo he visto, aunque distinguidos de porte y de maneras, me han parecido tan poco interesantes que ni siquiera he deseado saber sus nombres...



El Oxford argentino.

HEMOS pasado la mañana recorriendo los claustros, las aulas, las salas del museo. De la Escuela de Agronomía hemos ido á la de Jurisprudencia, y de ahí á las Facultades de Farmacia, de Letras, de Química... Con su amabilidad algo fría, pero exquisita, el encargado de todas estas maravillas, D. Joaquín V. González, me explica los progresos de la gran Universidad de la Plata, dándome detalles sobre la organización general de los cursos, de los laboratorios y del internado.

—Tenemos muchos grandes edificios.

Y luego, deteniéndose á la entrada de un parque admirable, continúa:

—Sí, sinceramente creo que hemos reali-

zado algo de lo que nos proponíamos los que creamos este Centro de estudios... Nuestra Universidad demuestra día por día que el hermoso calificativo de moderna no le va mal cuando se considera su contextura orgánica, su orientación intelectual, su rumbo metodológico y cuando se examina la actitud en que se ha colocado para poder acoger con éxito las expansiones externas ó extrauniversitarias de la vida contemporánea. Al decidirnos á emprender la obra en que aun estamos empeñados, tuvimos, mis colaboradores y yo, que aceptar las bases de los Institutos científicos ya existentes; pero desde un principio los mejoramos enormemente. Además, creo que puedo agregar, sin que en ello haya inmodestia, que en esta institución, como en sus modelos verdaderos, que son las Universidades norteamericanas, se unen las fuertes y altas disciplinas científicas y literarias á las enseñanzas puramente profesionales y prácticas; con lo cual cumplimos el profundo y transcendental mandato de la Democracia, que el fundador de la Facultad de Cornell glosó cuando, al anunciar su programa, dijo: «Quiero una Universidad donde todos los hombres puedan adquirir todos los conoci-

mientos humanos.» La nuestra, en efecto, es la verdadera Universidad de una democracia: la Universidad de la vida y de las necesidades modernas. Por lo demás, realiza un ideal que hasta hoy han perseguido sin éxito otras de las más prestigiosas de Europa, ó sea la organización integral; es decir, la reunión y el desarrollo correlativos de los cuatro grandes ciclos educativos y científicos, á saber: el primario, el secundario, el técnico medio y el superior ó universitario. Además, esta es la primera Universidad de lengua española que consigue, con resultados positivos notables, la incorporación al núcleo clásico ó académico de estudios seculares: los estudios pedagógicos en su absoluto desenvolvimiento teórico y experimental, así como las ciencias agronómicas y veterinarias, en todas partes importantes y más aún en un país como el nuestro, cuya agricultura y cuya ganadería representan las principales fuentes de riqueza...

El ilustre presidente de la Universidad sigue hablándome de su obra y me hace ver desde fuera las construcciones modelos de sus aulas, rodeadas de jardines espléndidos.

—Puede decirse que todo nuestro núcleo

de edificios está en un parque—me dice el señor González.

*

Una frase de Leopoldo Lugones acude á mi memoria á cada paso. «La Plata—asegúrame un día en París el ilustre poeta—es nuestro Oxford.» Y ahora que me encuentro en la Plata noto con regocijo que en estas palabras no hay nada de exagerado. Sin la grandeza del fondo medioeval, pero en un paisaje admirablemente moderno, es, en efecto, el espíritu de Oxford, es el alma de Oxford lo que anima á la ciudad que bien merece llamarse por antonomasia universitaria. Porque todo lo demás que aquí ha querido crearse para dar vida á la capital de la provincia aparece como absorbido por las diferentes aulas, lo mismo que en la metrópoli escolar inglesa los diecinueve colegios clásicos absorben la vida de la ciudad. No hay muchacho de los que pasan por las calles, en efecto, que no parezca estudiante, ni hay hombre maduro que no denote, con su aspecto serio y reflexivo, al catedrático á la moderna.

*

Como el presidente de la Universidad me ha invitado á almorzar en el internado, entre jóvenes que estudian Ciencias y Letras, nos encaminamos sin prisa hacia el bello edificio cuya fachada nos sorprendió esta mañana por su sobria elegancia. En un lugar cual este, de antemano estamos seguros de que no vamos á encontrarnos con una de aquellas escuelas en que los hombres de mi generación aprendimos á sufrir y á aburrirnos. Pero está tan arraigado el horror que tenemos casi todos hacia los Institutos, que muy á pesar mío me siento acongojado ante la idea de que voy á penetrar en una cárcel. Digan lo que quieran los pedagogos modernos, ¿qué son los internados sino lugares de reclusión? La reclusión puede ser muy cómoda, muy higiénica, muy suave; siempre es reclusión. Y para aumentar mi melancolía, acude á mi memoria un capítulo, deliciosamente triste, en el cual un argentino ilustre, Miguel Cané, cuenta sus recuerdos del Colegio Nacional de Buenos Aires en términos que no he podido olvidar nunca. «Silencioso y triste—dice el autor de *Juvenilia*—me ocultaba en los rincones para llorar á solas, recordando el hogar, el cariño de mi

»madre, mi independencia, la buena comida, el dulce sueño de la mañana. Durante los cinco años que pasé en aquella prisión, aun después de haber hecho ahí mi nido y haberme connaturalizado con la monotonía de aquella vida, sólo dos puntos negros persistieron para mí: el despertar y la comida. A las cinco en verano, á las seis en invierno, infalible, fatal como la marcha de un astro, la maldita campana empezaba á sonar. Era necesario dejar la cama, tiritando de frío casi siempre, somnolientos, irascibles, para ir á formarnos en fila en un claustro largo y glacial. Allí rezábamos un padrenuestro, para pasar en seguida al claustro de los lavatorios.»

Repitiéndome estas palabras, trataba yo de corregir lo que en ellas no puede ya aplicarse á un país como la Argentina, enamorado de todos los progresos; pero por mucho que hacía, la imagen de la prisión aparecía siempre ante mis ojos. Así mi sorpresa mayor fué la de oír á uno de los prisioneros, al hijo de Leopoldo Lugones nada menos, describirme el régimen de la Casa.

—Salvo en las horas de estudio—me dijo—, se nos da derecho á salir como queremos y

cuando queremos. Nuestra existencia no tiene nada de desagradable. Nos levantamos á las siete y media, tomamos nuestro baño y á las ocho nos reunimos en el comedor común para desayunarnos. De las ocho á las once, las clases en el colegio, que está relativamente cerca del internado. Aquí no tenemos aulas; no tenemos mas que nuestro alojamiento, nuestros salones de estudio, nuestra sala de armas y nuestros jardines de *sport* y de recreo. A las doce volvemos para almorzar. Y ya verá usted lo que es nuestro almuerzo. Después tenemos dos horas de libertad y podemos aprovecharlas como queremos, dentro ó fuera de la Universidad. En seguida vienen los ejercicios físicos: la natación, la espada, el *tennis*. Antes de comer, una hora de estudio en compañía de nuestros profesores, que no nos vigilan, sino que nos acompañan paternalmente. Los domingos nos divertimos lo mejor que podemos. ¿Quiere usted ver mi departamento?... Es igual al de todos mis condiscípulos... Venga usted...

Y allá me voy, por amplios corredores, hacia un primer piso, claro, ventilado, ale-

gre, cuyas ventanas dan á un parque espléndido.

—Aquí se halla en su casa—me dice mi amiguito, abriendo una puerta y haciéndome entrar, primero, en un gabinete de trabajo, y luego en un dormitorio contiguo.

—Está usted mejor que en mi hotel de la avenida de Mayo—le aseguro.

Y mejor está, sin exagerar, con sus dos piezas bien amuebladas, con sus lámparas eléctricas colocadas al lado de la mesa y de la cama, con su *toilette* cómoda y su biblioteca bien surtida, con su gran balcón que mira al parque.

—Lo único que me falta todavía—me dice—son algunos cuadritos en los muros.

Por ahora, en efecto, el joven Lugones no tiene, para animar la blancura de su interior, sino dos grandes retratos con dedicatorias: el de su padre y el de Rubén Darío.

Esto me hace pensar en mi colegio de hace veinticinco años, en una casa obscura, en la que éramos verdaderos prisioneros y en la que un día castigaron á todos los chicos de mi dormitorio porque nos habían encontrado un cromó que representaba á Al-

fredo de Muset sentado á los pies de su musa.

*

Durante el almuerzo no puedo dejar de repetir al ilustre Joaquín González lo que antes dije al hijo de Leopoldo Lugones:

—Esto es mejor que mi hotel.

—Pues le aseguro á usted—me contesta el mago de la casa—que no hemos cambiado ni el arreglo de la mesa ni el *menu*. Hemos querido recibirle á usted en la vida ordinaria del internado, como si fuese usted un nuevo compañero.

—Pero ¿es posible—le pregunto seriamente—, es posible que todos los días sirvan así, camareros de frac, estos manjares delicados y estos vinos finos?...

—Y ¿por qué no?... Los jóvenes que aquí viven son ya caballeritos dignos de ser tratados con respeto y de ser alimentados con cuidado. La idea más lejana de la realidad de este establecimiento sería la de suponer un grupo de pensionistas con las estrecheces económicas de una casa de lucro, con disciplinas rígidas, espionaje y vida triste y conventual, entre hombres de ceño adusto

que los tuviesen sometidos á la obediencia y al silencio en un alejamiento de la Naturaleza, de la familia y de la expansión que vigoriza la voluntad y estimula el ejercicio espontáneo de las actividades mentales. Este internado no es el «internado cerrado» antiguo, que se aleja de la belleza, de la alegría, de las nobles manifestaciones de la vida. En este internado, el alumno vive y aprende á vivir como miembro de familia culta ó como huésped de casa distinguida—lo que por sí solo es un curso de educación—al cuidado de profesores especiales del conocido «Tutorial System». Consiste la diferencia entre el antiguo y el nuevo internado en que el uno es monacal y hospitalario y el otro social y libre, como que se destina á jóvenes que lo utilizan, no sólo para su residencia, sino también para su educación, y señala dos conquistas: una, institucional, al hacer posible entre nosotros el colegio inglés, y otra, al ofrecer á las familias una casa de estudios y educación social donde puedan enviar con toda confianza sus niños desde los catorce años. El colegio inglés, para varones, es único entre las instituciones del mundo, y su producto, el *gent-*

leman inglés, preparado especialmente para la vida, hace la admiración de otras naciones. En las dos ciudades de Oxford y Cambridge, aisladas del mundo exterior entre verdes jardines y edificios medioevales, este proceso educativo se ha desenvuelto por centenares de años y ha dado los hombres de pensamiento y acción que han guiado los destinos de la raza de habla inglesa. El inefable tipo de vida colegial parece ser el de la semi-reclusión en núcleos académicos y de íntima y deliciosa asociación con otros jóvenes de la misma edad y con profesores que se consagran á la enseñanza y á la investigación. De la necesidad de compensar la vida escolar, estrechada por el aula, con la amplia Naturaleza, y la deletérea de la calle con la morigerada de un hogar acondicionado, ha nacido esta institución, en la que cada sección de veinticinco alumnos está á cargo de una familia, compuesta de director-profesor, su señora y sus hijos. El comedor común es un lugar de reunión y conversación sobre temas generales, en el idioma nacional y en uno extranjero, el francés ó el inglés. Los jóvenes, al terminar sus comidas, disfrutaban del vasto parque, iluminado, por la no-

che, con luz eléctrica, ó bien, en las galerías, del hermoso panorama que se extiende hacia la Ensenada, ó en la sala acostumbran sus oídos á la Música, á la Declamación, á la Ciencia, formando conceptos acerca del Arte, convirtiendo sus reuniones en veladas familiares amenas é instructivas.

Todo esto que el presidente de la Universidad de la Plata me dice como la cosa más natural del mundo, yo lo veo realizarse como un milagro. Un internado que es al mismo tiempo un colegio y un hogar, un parque y una biblioteca; no, en verdad, yo no creí que tal cosa existiese fuera de Oxford. Y si he de ser franco, cuando leía en Bourget ó en George Grappe las descripciones de aquellos famosos Worcester, Oriel ó Morton Colleges, con su libertad, con su dulzura, con su confort y con su alegría, preguntábame entristecido si jamás sería posible, en países de raza española, llegar á tan noble y tan quimérica concepción de la vida universitaria.

Joaquín González, que es un optimista, murmura á mi oído:

—No hay que dudar jamás de nuestra

raza... Todo lo que los anglosajones puedan hacer lo haremos nosotros, si queremos.

Y luego, con orgullo, concluye:

—Hasta lo haremos mejor.

*

Mientras uno de los profesores que me acompañan en mi peregrinación por las diferentes Facultades me habla de los diplomas de doctores en ciencias naturales, en ciencias físicas ó en ciencias químicas, de abogados, de ingenieros, de maestros normales, de escribanos, de geógrafos, de cartógrafos, de agrónomos y de farmacéuticos, yo examino, entusiasmado, los parques magníficos, los parques interminables, que rodean cada edificio y que parecen hechos para largas meditaciones y para largas charlas. La frase de Moréas, según la cual en el Barrio Latino, de París, lo mejor y lo más transcendental es lo que sale de los jardines del Luxemburgo, acude á mi memoria y cobra, ante estas enramadas, un valor positivo.

—No conozco—digo á don Joaquín González—la Universidad de Buenos Aires. No sé si es tan admirable como ésta. Pero estoy se-

guro de que sus aulas no producirán jamás las generaciones de pensadores y de soñadores, de inventores y de transformadores, que han de salir de aquí. ¿Y sabe usted por qué? Porque lo que es alimento en una clase no se asimila si no hay, para digerirlo, lugares cual estos, bajo cuyas enramadas es dulce hacer y deshacer el mundo...

El ilustre universitario sonríe con su sonrisa algo fría, algo distante y también algo irónica. Sin esfuerzo veo que me considera un poco loco, ó, por lo menos, un poco *fantaisiste*.

—Para la higiene—murmura...

*

Temeroso de que cometa el sacrilegio de hablarme de estos divinos parques como de lugares puramente útiles desde el punto de vista de la salud del cuerpo, cambio la conversación y celebro, con el entusiasmo que es de justicia, las admirables cosas sabias que he visto: el museo, y más que el museo el observatorio astronómico, y más que el observatorio las aulas, en donde la enseñanza no es objetiva y fría, no, sino que, gracias á los

experimentos, á las demostraciones, á la práctica científica, en fin, llega á vivir y á papitar cual una lección de las cosas.

—Es cierto—me dice el presidente—, es cierto... Lo experimental, lo positivo, lo que no sale sólo de los libros, me interesa muchísimo. Gracias á nuestros laboratorios, y en especial á los de Química, Ciencias naturales, Agronomía, Fisiología y Psicología experimental, llegamos á resultados que yo casi no me atrevía á esperar. Una prueba grande de la actividad de este Centro son nuestras publicaciones científicas, que, como usted sabe, resultan numerosas y encuentran en el mundo entero una acogida que nos da alientos para tratar de continuarlas en mayor escala. En realidad, todo nos alienta, todo nos llena de júbilo y de orgullo. El número de nuestros alumnos crece, de año en año, de un modo inesperado. Y eso que no aceptamos sino á aquellos que aquí quieren hacer sus estudios completos. En efecto; todos los alumnos de esta Universidad son regulares, pues uno de los primeros actos de nuestro Consejo Superior fué dictar la ordenanza general, disponiendo que en sus cursos no se admitieran asistentes libres, en ra-

zón de que, siendo la enseñanza de las Facultades é Institutos práctica y experimental, es indispensable la presencia del alumno en el aula de una manera constante. Por otra parte, esta necesidad resultó imprescindible en la Facultad de Ciencias jurídicas y sociales con motivo de la aplicación de la ordenanza sobre promociones, que elimina el examen como medio ordinario de triunfo, sustituyéndolo con un sistema que obliga á los alumnos á trabajar diariamente en clase, bajo la vigilancia inmediata del catedrático. Este sistema, que podemos llamar intensivo, y que ha sido preconizado por los hombres de mayor experiencia pedagógica, nos ha llevado también por un camino natural hacia la limitación del número de alumnos por clase, fijado ahora en la Facultad de Ciencias jurídicas en cincuenta, y que espero se irá reduciendo. Dar una enseñanza experimental: he ahí nuestro propósito. Y ó mucho me ciega el amor paternal que por esta obra gigantesca tengo, ó ya vamos logrando lo que desde un principio anhelamos.

*

Otros más doctos que yo han dicho ya lo que desde un punto de vista científico, dando á esta palabra su amplia y universal acepción, representa la obra universitaria de Joaquín González y de sus ilustres colaboradores de la Plata. Yo no quiero hoy sino recordar la frase de Leopoldo Lugones, que cité al principio y que desde esta mañana me obsesiona: «Es nuestro Oxford»—dice el egregio poeta. Sí. Pero ¿debemos entender esto de una manera puramente pedagógica y creer que es el régimen interno en lo que tiene de idéntico al de Trinity College, y la organización de los cursos en cuanto se asemejan á los de Merton ó de Wadham, lo que merece el honor de que se le compare con la ciudad universitaria inglesa?... Yo no lo creo. Comprar un programa está al alcance de cualquier pueblo, y con un poco de oro y otro poco de inteligencia, cualquier normalista agencia y metodiza un aula modelo. Mas hay algo que no puede ni comprarse ni improvisarse, un algo superior á los reglamentos, hasta superior á la Ciencia, y que existe, lo mismo que en el recogimiento severo de Oxford, en el aparente desorden del Barrio Latino. Ese algo no lo ponen los pro-

fesores, sino los alumnos, y es la llama interior en la cual se calientan las inteligencias juveniles. Y esa llama, aquí, la encuentro bajo los bellos árboles de los parques, en los vastos salones de las Facultades, en los claustros de reuniones amistosas. Sí; los estudiantes de la Plata pertenecen á la raza de los que estudian con amor. ¿Les sucede lo mismo á los de Buenos Aires y á los de Mendoza?... No lo sé. Lo que sí sé es que en ninguna de las otras dos Universidades clásicas de la Argentina la atmósfera puede ser tan apropiada á la existencia espiritual como la de esta ciudad, callada y amplia, que parece no tener más vida que la de sus espléndidos jardines académicos. El joven de nuestra época, en efecto, no es el pálido lector de poemas, que en tiempo de Sarmiento imitaba la melena de los retratos de París. En París mismo, ya las lívidas figuras han desaparecido para dejar triunfar á los arrogantes atletas que, no por correr y por boxear, son menos capaces de comprender y de sentir. El antiguo tipo del remador de Cambridge, que en su canoa lleva una *Iliada*, en griego, es hoy el ideal de toda la adolescencia. Y para este sér nuevo que,

como dice Bourget, representa la resurrección de la armoniosa animalidad ateniense, cuyas representaciones marmóreas admiramos en los museos, nada es más necesario, más indispensable, puede asegurarse, que la amplitud fresca y poética de las ciudades construídas entre vastos jardines. Porque el jardín es al mismo tiempo el templo de Dionisios, gran exaltador de vida, y el aula de Academo, dulce consejero de serenas meditaciones...